

NOTAS SOBRE LA REIVINDICACIÓN DE CIERTA ESPIRITUALIDAD EN LOS ESTUDIOS DOCTORALES

Rafael Aragunde, Catedrático Universidad Interamericana, Recinto Metro, Escuela de Educación y Profesiones de la Conducta

“ÉAh! Cuando en nuestra angosta celda de nuevo arde risueña la lámpara, entonces luce la claridad en nuestro pecho, en el corazón, que se conoce a sí mismo. Empieza la razón a hablar una vez más y la esperanza a reflorece; el hombre suspira por los arroyos de la vida, ¡ah!, por la Fuente misma de la vida”¹. Este es el modo en que un ilustrado como lo era Johann Wolfgang von Goethe hace que se exprese su inmortal personaje, Fausto, en torno a la pasión por el saber que debe ser el signo de los que aspiran a ser descritos como doctos. En este pasaje, cursi si se quiere, se respira el optimismo que acompaña sobre todo a quien se inicia recientemente en este quehacer.

Pero Goethe conocía el otro lado de la moneda y allí mismo en su tragedia también nos presenta a un Fausto frustrado que exclama: “Con ardiente afán, ¡ay!, estudié a fondo filosofía, jurisprudencia, medicina y también, por desgracia, teología; y heme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes. Me titulan maestro, me titulan hasta doctor, y cerca de diez años hace ya que llevo de las narices a mis discípulos de acá para allá, a diestro y siniestro ... y veo que nada podemos saber”². Son palabras que tienen implicaciones terribles, otra vez cursi si se quiere para sensibilidades de principios de nuestro prosaico siglo veintiuno, que evidencian el desencanto de los que se han atrevido a coger en serio una cultura de estudios que, como ya de sobra se sabe, no produce riquezas y más bien una sobreabundancia de malos ratos.

El *Fausto* del alemán Goethe es una de esas obras que como el *Quijote*, el *Tao te King*, *La Ilíada*, el *Bhágavad gítá*, *Hamlet*, *Cien años de soledad*, *La apología de Sócrates* y *Alabanza en la torre de Ciales*, de Juan Antonio Corretjer, entre tantos otros textos de múltiples culturas, nos reclama que le prestemos atención cada cierto tiempo, por dilemas que dan la impresión de no perder vigencia, o por una calidad formal que igualmente parece mostrarse independiente del devenir de los tiempos.

En el caso del *Fausto* de Goethe se trae a colación siempre, quizás simplificando, que se trata de cómo un sabio medieval acabó vendiéndole su alma al diablo, Mefistófeles en *este caso*, a cambio de la juventud en la primera parte y el poder en la segunda. Hay algo de esto allí, pero están presentes otros temas que son merecedores de igual atención. Uno de ellos es la relación que se establece entre este doctor Fausto, famosísimo por sus conocimientos, y su ayudante Wagner, un aspirante a docto que “quisiera saberlo todo”³ y que “le anota hasta los suspiros”, según decimos nosotros, cuando sospecha que su maestro está próximo a una experiencia cognoscitiva por la que él daría todo. Frente a Wagner, Fausto, quien, como sabemos, en

¹ Goethe, J., *Fausto*, Río Piedras: Editorial UPR, 1979, p. 79.

² *Ibid.*, p. 53.

³ *Ibid.*, p. 61.

ocasiones se siente decepcionado por no haber dado con el saber absoluto con el que había soñado en su juventud, se muestra escéptico y desencantado. Wagner le expresa admiración; Fausto le responde con ironía. Wagner señala que hay tanto que aprender y la vida es tan corta: "el arte es largo, y breve es nuestra vida", y Fausto le pregunta: "¿Crees tú que un árido pergamino es la fuente sagrada que, con sólo beber un trago de ella, apague la sed para siempre?" Para luego añadirle: "No hallarás refrigerio alguno si no brota de tu propia alma"⁴ (59)". Este intercambio no sólo revela la insatisfacción del que fuera un incansable estudioso, sino que al plantear que el verdadero saber no se aprende de nadie y que tiene que nacer de uno mismo, subraya con firmeza cómo a través de los tiempos el quehacer erudito ha sido caricaturizado por aquellos que no lo viven con pasión.

En la obra aparece otro estudiante interesado en adelantar su formación erudita. Llega hasta los aposentos del Doctor Fausto buscando un maestro prestigioso. Aquí se observa una dimensión distinta a la anterior, y ciertamente más relevante, para una discusión sobre los que acostumbramos llamar estudios doctorales. Naturalmente, Fausto no querrá atender este estudiante porque se prepara para el largo viaje que emprenderá con Mefistófeles una vez que han sellado y firmado el acuerdo, más bien una apuesta, en la que el estudioso consiente a entregarle su alma si el demonio logra acabar con lo que distingue al hombre fáustico, que es su búsqueda incesante: "Si jamás me tiendo descansado sobre un lecho ocioso, perezca yo al instante; si jamás con halagos puedes engañarme hasta el punto de estar yo satisfecho de mí mismo; si logras seducirme a fuerza de goces, sea aquél para mí el último día"⁵.

Como Fausto no está interesado en atenderlo, Mefistófeles se encargará de conversar con el estudiante y ante las declaraciones francas y claras del joven, quien revela que "quisiera llegar a ser muy sabio", y que le "gustaría comprender todo cuanto hay en la tierra y el cielo, la ciencia y la naturaleza", el viejo diablo, que aquí sabe más por diablo que por viejo, lo contempla con cinismo, pues sabe perfectamente, según le ha dicho antes a Fausto, que "ese Todo no se ha hecho sino para un Dios"⁶, refiriéndose al conocimiento con el que sueñan los seres humanos dedicados obsesivamente al saber. Después de responderle con lugares comunes, Mefistófeles lo despide con un papel sobre el cual está escrita una frase en latín que expresa, una vez más con extraordinario cinismo, el destino de quien ose atreverse a buscar con dedicación el saber. En latín desde luego, para darle cierta seriedad, pero también para burlarse, le ha escrito lo que en el Paraíso se le ofreció a Adán y a Eva mediante la tentación que representa la fruta prohibida: "Serás como Dios; conocerás el bien y el mal" (Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum). Y por lo bajo, el mismo Mefistófeles comenta: "Sigue la vieja sentencia de mi prima la serpiente y de seguro algún día te dará que sentir tu semejanza con Dios"⁷. En otras palabras, las ansias de conocer, el deseo de saber más, habrán de dolerte; sufrirás por ello. A la divinidad es a quien le

⁴ Ibid., p. 59.

⁵ Ibid., p. 93.

⁶ Ibid., p. 95.

⁷ Ibid., p. 104.

corresponde el conocimiento absoluto y quien ose reclamarlo tendrá que abandonar el Paraíso, que no es sino la vida tranquila de quienes no sienten el llamado de la erudición.

Si el *Fausto* de Goethe es una reflexión en los comienzos de la Modernidad o a finales del mundo medieval europeo en torno a este asunto, sabemos que el recuento bíblico en el que se prohíbe comer "del árbol de la ciencia del bien y del mal"⁸, fue el modo en que la tradición sacerdotal hebrea precristiana se lo planteó. Don Quijote de la Mancha puede ser leído como una variación de este tema. Enloquece por su sobreabundancia de lecturas. El Frankenstein de Mary Wollstonecraft Shelley es otra forma de representar el mismo dilema. En su afán por saber más el Dr. Frankenstein crea un monstruo que termina con las mismísimas condiciones que le permitieron dedicarse al estudio. Dr. Jekyll y Mr. Hyde, la obra de Robert Louis Stevenson de finales del siglo diecinueve y que hoy conocemos más por las películas que se han hecho de ella, igualmente plantea las funestas consecuencias de una búsqueda de conocimiento que no se detiene ante los límites que considera sensatos la sociedad humana, demasiado reconciliada con la satisfacción que produce obviar las complejas reflexiones que exigen los dilemas de la existencia.

Esta hambre curiosa, este apetito por la fruta prohibida que acompaña a un tipo de ser humano, pero que parece multiplicarse y hacerse más seductora a partir de la Ilustración, no es asumida fácilmente. Exige sacrificios. Es peligrosa. Un estudioso como el sabio renacentista Giordano Bruno, terminará sus días no sólo fuera de su paraíso, sino literalmente en la hoguera, por darle rienda suelta a su pasión por la erudición. Pero otros, los más, no por desidia, indiferencia o apatía, según gusta decirse en una época en la que se cultiva un sospechoso placer en condenar de tontos y estúpidos a los que no han tenido más alternativa que contentarse con lo que han heredado, sino porque apenas han sido expuestos a ello en un sistema educativo que necesariamente se tuvo que masificar, perdiendo en el proceso lo que la hacía peligrosamente seductora.

Otro pensador como René Descartes, seducido también por el conocimiento fáustico, optó por dejar para la posteridad la publicación de los resultados de algunas de sus investigaciones. Se había percatado de lo que le ocurría a los que, valiente, pero ingenuamente, se atrevían a ampliar el saber sin tomar en consideración a las autoridades del momento. Tomando nota de lo que Galileo había tenido que soportar de parte de la Iglesia Católica por dedicarse con cuerpo y alma a la investigación del cosmos, Descartes prefirió no publicar un texto sobre el universo que había titulado *Le Monde*. Se trata del Descartes que en su *Discurso del método*, escribiría que su interés era dar con "el verdadero método para llegar al conocimiento de todas las cosas de que mi espíritu fuera capaz"⁹.

Ciento cincuenta años más tarde, Immanuel Kant tiene que recordarle a los estudiosos europeos de su tiempo que el fenómeno que compartían, la Ilustración, significaba la mayoría de edad del

⁸ Génesis, 2, 15-17.

⁹ Descartes, René, *El discurso del método*, Madrid: Espasa y Calpe, 1970, p. 39.

ser humano y proponía un lema que había sacado de una de las epístolas del poeta romano Horacio. *Sapere aude*, que significa atrévete a conocer, se transformó en el llamado a capítulo ilustrado por excelencia¹⁰. Kant reconocía que la erudición en la que se habían embarcado los estudiosos de aquel siglo dieciocho requería valentía. Sus resultados no siempre halagaban a los poderosos. Las verdades que iban surgiendo ponían en entredicho creencias milenarias.

Pero no debe sorprendernos que no le hayamos sido siempre fiel a este llamado. Por un lado, según hemos escrito, se debe a que en muchos lugares, aun en nuestra época, el amor por esa fruta prohibida se paga caramente. Aunque por el otro, tenemos que insistir en lo que también anticipábamos cuando traíamos a colación la masificación de la educación. Si no se le ha hincado el diente a la fruta ha sido porque no hemos sido expuestos a su succulencia. ¿Cuánto no se tuvo que esperar en el siglo diecinueve puertorriqueño que se establecieran escuelas públicas accesibles a nuestra gente? En lo que respecta a centros universitarios, nos fue peor y todavía retumba en los oídos del país la expresión del gobernador Juan de la Pezuela que, según Alejandro Tapia, habría expresado “que la instrucción había perdido las Américas y que debía por lo tanto manejarse con tacto ... que los que quisiesen estudiar fuesen a España”¹¹.

Román Baldorioty de Castro y José Julián Acosta, quienes estudian en España en el siglo diecinueve mediante el respaldo recibido del Padre Rufo Fernández y la Sociedad Económica del País, tras su regreso “intentarán”, junto a este Padre Rufo que habría sido separado de su cátedra de Santiago de Compostela por audaz, “establecer una institución de educación superior, el Colegio Central, para el cual se había conducido exitosamente una suscripción popular”, pero el anteriormente mencionado gobernador lo desautorizó¹².

Nuestro país tendría que esperar al siglo veinte para poder atender con desenvoltura, aunque con muchas limitaciones, las pasiones frustradas de aquellos jóvenes del siglo diecinueve. Y aunque en el siglo veinte y en éste que ya comenzó su segunda década, hemos visto la multiplicación de instituciones de enseñanza, escolares y universitarias, en el ámbito investigativo todavía nos encontramos en pañales.

Nuestros programas doctorales, sobre todo en momentos en que el país pasa por una crisis económica que ha alejado compañías que auspiciaban la investigación, tienen que esforzarse por darle seguimiento a esa creación de conocimiento que como hemos visto tantas veces en la literatura universal ha sido representada en contubernio con afanes poco respetables.

Pero si no es en los programas doctorales en los que hipotéticamente estudiantes que aspiran a los más altos títulos deben crear conocimiento nuevo, ¿dónde más podremos asegurarnos de que

¹⁰ Kant, Immanuel, *An Answer to the Question: “What is Enlightenment?”*, England: Penguin, 1991, p. 1.

¹¹ Tapia, Alejandro, *Puerto Rico. Cómo lo encontré y cómo lo dejo*, Río Piedras: EDIL, 1979, p. 114.

¹² Álvarez Curbelo, Silvia, *Un país del porvenir, El afán de modernidad en Puerto Rico (siglo XIX)*, San Juan: Callejón, 2001, p. 66.

en nuestro país se amplíen atrevidamente los saberes, sobre todo en una época en la que el bienestar económico de la sociedad depende fundamentalmente de éste?

¿Qué caracterizaría entonces a los programas doctorales si a través de ellos aspiráramos a cumplir a cabalidad con esa valiosísima herencia, ciertamente fáustica es cierto, como corresponde, pero fundamentalmente orientada a la ampliación de los saberes y que, al final del camino, puede contribuir al desarrollo de una civilización de excelencia? Atrevámonos a reclamarnos a nosotros mismos cierta espiritualidad para los estudios graduados, una espiritualidad que le dice sí a las tentaciones fáusticas y por lo tanto espiritualidad fáustica.

A los programas doctorales **les debe caracterizar:**

1. una espiritualidad fáustica que reivindique la alegría, el entusiasmo y la pasión por las ideas, los conceptos abstractos y las interpretaciones;
2. una espiritualidad fáustica que reconozca el valor de la frustración, la molestia y hasta la rabia frente a textos que no se entienden, problemas que parecen no tener solución, explicaciones de profesores que parecen no tener sentido;
3. una espiritualidad fáustica que cultive la lectura abundante de libros, ensayos y desde luego enciclopedias de la Internet como mecanismo que conduce a la sabiduría;
4. una espiritualidad fáustica que haga de la escritura una estrategia imprescindible que garantiza cierta plenitud y permite el desarrollo feliz de nuestras facultades;
5. una espiritualidad fáustica que vea en la investigación crítica una experiencia cíclica que refresca y vigoriza;
6. una espiritualidad fáustica que fomente el debate profundo entre estudiantes y estudiantes, entre estudiantes y profesores, y entre profesores y profesores sobre temas de pertinencia intelectual, temas que por graves (de *gravitas*, no de pesados, aunque también de gravedad, de la preñez de ideas que necesitamos) no dejen de apasionarnos y hasta enfurecernos si no nos gusta lo que escuchamos;
7. una espiritualidad fáustica que se resista a aceptar que los trámites administrativos pueden protagonizar la vida de un estudiante y que sea capaz de minimizarlos de modo que la mayor cantidad de tiempo se pueda utilizar para la lectura, la escritura y los diálogos entre estudiantes y profesores;
8. y una espiritualidad fáustica que se percate de la diferencia cualitativa que hay entre los estudios críticos y las reflexiones profundas que se comparten en los cursos graduados y las opiniones superficiales que se esgrimen en los análisis radiales, los artículos periodísticos y otras tribunas en las que se desprecia la erudición.

Lo anterior es lo que debe caracterizar la convivencia académica de los que comparten estudios doctorales y no que al final se requiera una disertación, pues eso podría cambiar. Tampoco porque se requiera un examen comprensivo. Eso lo exigen ya algunas profesiones en las que no se necesita investigar y hasta ciertos sistemas escolares para los graduandos de escuela superior. No. Los estudios doctorales necesitan de una espiritualidad fáustica, un "elan" en francés, un

“geist” en alemán, que nos permita reivindicar la alegría que Fausto siente cuando en su “angosta celda de nuevo arde risueña la lámpara” y comienza “la esperanza a reflorar”.